



Ibiza no es sólo turismo, sino también una tierra problemática.

Este sería el sentido interrogador de la Semana que acaba de celebrarse en Ibiza. Y de la que uno deja constancia con el mismo respeto que le han merecido otras Semanas parecidas celebradas en lugares no trivializados por las agencias de turismo. ■ JOSE MONLEON.

Estreno de "La Saturna", de Domingo Miras

Con ocasión de comentar el montaje de "La lozana andaluza", señalábamos el interés de que una compañía como la de Corral de Almagro, pese a la mediocridad de sus primeros pasos, siguiera adelante. Afirmábamos entonces la necesidad de un tratamiento vivo, actualizador, de nuestros clásicos, tras tantos años de reverencialismo y de aburrimiento a su costa, y, en consecuencia, la justa concesión de un plazo para ir levantando, con los inevitables errores de por medio, esa nueva actitud. Ahora hemos visto a la misma compañía —superada su crisis con renovada subvención— en el estreno de "La Saturna", de Domingo Miras, que están presentando en diversas ciudades españolas, y la verdad es que a uno le urge hacer una puntualización: que de nada servirán los plazos ni las subvenciones si no se plantea el trabajo con rigor y absoluta responsabilidad. Por la mismísima razón que caen por tierras todas las asamblearias reivindicaciones actorales si, alzado el telón, los cómicos necesitan el grito del apuntador, hablan sin que se les entienda, y, en general, se producen con un abrumador convencionalismo.

Creo que en este punto es absolutamente necesario defi-

nirse con claridad y sin la menor concesión demagógica: si uno defiende el interés de obras como "La Saturna", la necesidad de que el Estado subvencione una serie de compañías jóvenes que intentan cubrir un programa cultural, los derechos materiales de los actores y la justicia de la descentralización, mal puede quedarse callado cuando un trabajo, en el que concurren todos esos factores, aparece sustancialmente fallido. Con lo cual no quisiera caer en la crítica singularizada del Corral de Almagro, sino, sobre todo, señalar la absoluta necesidad de que se reconsideren las responsabilidades sociales de cuantos piden —pedimos— que el Estado haga del teatro un instrumento de expresión comunal y de cultura.

Doy por hecho que, con el correr de las representaciones, en más holgados escenarios, más ajustados los actores, resuelta la escenografía, la interesante propuesta de Domingo Miras revelará parte de su fuerza, aunque uno tema, dados los planteamientos de la puesta en escena, que otra pueda quedar inédita.

Tomando pie en unas líneas del libro primero de "La vida del Buscón", Domingo Miras alumbró el personaje de la Saturna, madre de Pabillos, a raíz de la detención y muerte del hijo más pequeño: "Murió el ángelico de unos azotes que le dieron en la cárcel". Encarcelados el padre y el hermanillo de Pabillos —tal como cuenta Quevedo—, la madre se lanzará en busca del documento influyente que saque a los suyos de las rejas. Lo conseguirá a través de una peripecia itinerante —al estilo de la vida picaresca—, llena de sudores, quebrantos y claudicaciones, al final de la cual, cuando ya obra en su poder el papel salvador, sabrá que su hijo ha muerto a latigazos. La Saturna gritará entonces por todos los Clementicos que han sido, son y serán en la Historia, por toda esa carne de presidio, predeterminada por las circunstancias, eternamente flagelada y sustancialmente inocente.

El autor imagina a Quevedo escribiendo "La vida del Buscón" y dialogando con su protagonista. En realidad, la Saturna y Clementico son "otros Pabillos", seres que participan de su origen social y que ensanchan, desingularizan, la condición del pícaro. La Saturna —quemada por la Santa Inquisición— cerrará el drama pidiendo justicia y acusando a Quevedo, que es quien la imagina, de

una solidaridad ceñida a la simple manifestación literaria. El dramaturgo reforzará así la línea ideológicamente dominante de su obra: la acusación contra la complicidad entre la injusticia y la indiferencia. A la que, naturalmente, se opondrá, en nombre de todos los escritores "que han visto", Quevedo.

El lenguaje es una recreación del que aparece en "La vida del Buscón". Un lenguaje al que, pese a su condición de "pastiche", Miras consigue infundir un innegable color y frescura. Quizá porque, en general, la historia procura ocultar hasta donde puede su trascendencia y atrapa al espectador —como al lector la novela picaresca— con la violencia y el tratamiento humorístico de los lances.

Que "La Saturna" es un buen texto dramático, creo que está bastante claro, salvo en algunos aspectos —por ejemplo, el posible tono discursivo y moralizante del último tramo— que la correcta representación de la obra nos podrá aclarar. ■ J. M.

DISCOS

La peor serie barata

Sucedió lo que tenía que suceder. Salió la colección de discos "El mundo de la música", de Zafiro y RTVE, y todos se echaron encima. La mayoría de la gente, para comprarlos; los medios de comunicación —salvo, claro está, la mentada RTVE—, para destrozarlos sin piedad y a veces sin siquiera necesidad de entrar en lo que aparentemente es el fondo, es decir, sin analizar los discos. Dedos acusadores se han dirigido contra aspectos que se han juzgado irregulares en esta rara iniciativa, llegándose a involuocar nombres tan altos como el del mismísimo presidente del Congreso, señor Alvarez de Miranda. Son cuestiones en absoluto marginales, por cuanto lo principal que ha de hacerse con empresas como ésta es analizarlas en tanto que tales empresas, por culturales que sean sus pretensiones; cuestiones cuya denuncia es, por tanto, obligada y saludable, por más que a uno, no ya en cuanto crítico, sino en



LO GRANDE SE DESTACA



No es música todo lo que suena.
Y el buen aficionado lo sabe muy bien.
Por eso, no sólo es importante encontrar
a Bach, Mozart o Beethoven en una grabación
que suene sino encontrarlos interpretados y dirigidos
con la misma maestría y fidelidad con que a ellos
les hubiera gustado escucharse.

Y para que pueda comprobarlo, Deutsche
Grammophon le ofrece ahora a un precio especial esta
triple oferta:

10 álbumes de absoluta novedad.

Brahms: Las 4 Sinfonías, Karl Böhm.
Mendelssohn: Romanzas sin palabras, Daniel Barenboim.
Wagner: Los Maestros Cantores, Eugen Jochum.
Beethoven: Las 9 Sinfonías, Rafael Kubelik.
Scott Joplin: Treemonisha, Gunther Schuller.
Verdi: Macbeth, Claudio Abbado.

Haydn: Cuartetos "Tost," Cuarteto Amadeus.
Haendel: Saul, Charles Mackerras.
Música de la Era Gótica, David Munrow.
Richard Strauss: Poemas Sinfónicos, Karajan.

Reedición de 4 grandes colecciones.

La Obra de Beethoven, El Mundo de la Sinfonía, la
Edición Bach y El Anillo del Nibelungo de Wagner.

Todos los discos o cassettes de nuestro catálogo
a mitad de precio.

Vd. tendrá derecho a comprar a mitad de precio
tantos discos o cassettes de nuestro catálogo general
como los contenidos en el álbum o álbumes de
oferta adquiridos.

(Esta oferta finaliza el 20 de diciembre
de 1977.)



Destaca la música.

cuanto simple administrado, le desmoralizan bastante (o le hacen más lúcido), al abundar en la duda fundamental sobre la existencia de un acto del poder que no esté contaminado.

Pero está también la cuestión de los discos en cuanto tales discos, y no puede quedar sin comentario; comentario que es también una advertencia a aquella mayoría compradora a que me referí en un principio. Al margen de su extraña periodicidad "fascicular", de probada eficacia —por razones que jamás he comprendido—, aunque harto arbitraria en este caso, estos discos vienen a componer, lisa y llanamente, algo tan corriente como es una serie barata. Cosa nada desconocida en nuestro mercado discográfico, en el cual existen desde hace tiempo varias —"Acé of Diamonds", de Decca; "Privilege", de Deutsche Grammophon; "Iniciación a la música", de Philips...—, que sólo se diferencian de la que aquí comento en dos puntos: primero, que no salen —ni tienen por qué salir— semanalmente, por lo cual dan al comprador la libertad adicional de dosificar sus adquisiciones por sí mismo; segundo, que son mejores. Los discos Zafiro-RTVE han venido a disipar una duda que existía en relación con las series baratas existentes en el país: ahora ya sabemos cuál es la peor. Las ediciones hasta ahora presentadas tienen un interés bastante escaso: ni la selección está bien hecha (¿a qué tanto Rimsky-Korsakov?), ni las versiones tienen nada especialmente destacable; son, diríamos, discos que ya nacieron baratos, incluso más baratos que al precio a que ahora aparecen: algunos de ellos se pudieron encontrar hace no muchos años, con una presentación menos pretenciosa y a precios irrisorios, en saldos de grandes almacenes; su valor de difusión cultural parece cuestionable, y no se puede justificar por la inclusión de unos folletitos en que, con esforzada prosa, se nos explica cómo se integra una orquesta o cuáles son los instrumentos de madera.

Hay también una cuestión que subyace en todo esto, y que subyacería aunque no existieran anomalías administrativas e incluso aunque los discos fueran buenos. Una serie de estas características, en tanto que patrocinada por un ente público, compromete una visión de la cultura y ha de inscribirse en ese apartado siempre controvertido y hoy actualizado desde el poder que se llama "política

cultural". Parece que a través de empeños como "El mundo de la música" —que enlaza con aquellas famosas colecciones de libros Salvat que dejaron las bibliotecas un poco más llenas de libros no leídos—, se continúa con aquella teoría que, considerando el huevo anterior a la gallina, de lo que trata es de sembrar aleatoriamente huevecillos a ver si de alguno surge la deseada gallina de una cultura socializada. Un concepto de política cultural que presupone la omnisciencia benevolente de los administradores y la aquiescente ignorancia de los administrados, los cuales necesitan que aquéllos les suministren, en las dosis que juzguen convenientes, píldoras y jarabes con los cuales se supone que han de enriquecer su espíritu. Es como si en política cultural no se hubiera inventado nada más nuevo que el despotismo ilustrado: y a lo mejor es que no, y que lo que ha ocurrido es que, con la problematización de la cultura, hoy en día aún la ilustración de los déspotas es cuestionable. ■

JOSE RAMON RUBIO.

ARTE

Hay que abrirse, lógicamente, en la dimensión de mis comentarios; hay que duplicarlos, por lo menos, como en viejos tiempos. Es que ya tenemos aquí "la temporada" con sus exposiciones correspondientes. Y aun cuando aquí mismo, en estas mismas páginas, he comenzado una pequeña sección, ella es un comentario al margen, menos que una crítica... "Menos que una crítica"; así pensé en algún momento titular, como título de sección, a ese comentario al margen, que por ahora no tiene más título que el ocasional del asunto que trate. También podría titularlo así, "Al margen", pero por el momento vamos a esperar a ver qué pasa. Por el momento, para que no se me echen demasiadas cosas encima, quiero comentar dos de las pequeñas exposiciones que tenemos ahora... Porque tenemos una exposición grande a la que hay que atender con el honor que se merece, la de Picasso. Ahora quiero referirme a la exposición que hay en Inguanzo, titulada "Tres dibujantes surrealistas", y a la exposición de Dur-

ban sobre el pintor argentino Jorge Abot. La exposición del maestro de todos, que queda ahí, pesando —en el mejor sentido de la palabra— sobre todos nosotros, ya tendrá su comentario. No corre prisa: A nadie le vamos a descubrir ahora esa especie de fenómeno geológico llamado Picasso. Ah, y aún habrá otra exposición por comentar: la del también malagueño Paco Hernández, en Kreisler. Pero procedamos metódicamente.

Tres dibujantes surrealistas

Galería Inguanzo. Madrid.

Los que son clasificados aquí como "dibujantes surrealistas" son Francisco Peinado, Julio Viera y Julián Argudo. ¿Pero son surrealistas en realidad?



Julián Argudo.

Bueno: concedámosles esa clasificación provisionalmente. Ya hablaremos de eso. Por cierto, que me parece que uno o dos de esos "surrealistas" también son malagueños... ¿Qué es eso? ¿No estaremos celebrando, sin darnos cuenta, la quicena de los artistas malagueños en Madrid? Bueno: malagueños o lo que sean, pase, pero lo de surrealistas... eso hay por lo menos que discutirlo. Aparte la actitud personal —un surrealista es, en todos sus actos, un oficiante permanente de la ortodoxia que mantiene— está también la conciencia de pertenecer a ese mundo. Y no: no creo que eso sea así, afortunadamente para esos tres muchachos. Lo que ocurre es que, como yo mismo dije en una ocasión, parodiando la frase de Cocteau so-

bre Picasso, "después del surrealismo, ya no se puede pintar como antes del surrealismo". Y conscientemente o no, acaso por inexplicables impregnaciones, el "esprit" del surrealismo ha depositado en ellos algunas gotas. Más que la forma, andan buscando la fantasía que pueden desvelar. Los personajes de Peinado, envueltos por su propio entorno, son como los demonios de un extraño aquarelle. Julio Viera es un Archimboldo sin vegetalismo, con personajes de una fantasía boscosa y raramente medieval. Y Julián Argudo, para el que cada personaje es una suma de pequeñas sugerencias más o menos fantasmales... Pero todos son una consecuencia final del surrealismo, no una causa de principio...

Jorge Abot

Galería Durban. Madrid.

Como ha empezado la temporada, ya están aquí los argentinos, con sus cuadros, con sus bigotes... ¿Un argentino sin bigote es "un argentino"? ¿Y cómo será un argentino que no venga acompañado por un conjunto —normalmente bueno— de cuadros o de esculturas? ¿Qué producción! La primera del mundo, en relación con los kilómetros cuadrados. Primero, eso; luego, el trigo pampeano; luego, la carne pampeana; luego... en fin..., Jorge Abot está en Durban con sus cuadros y su bigote.

Raúl Chávarri, introductor a su catálogo, no descarta una cierta implicación surrealista, por la utilización de ciertos elementos de su lenguaje... Pero no. El pictoricismo es en él muy evidente. Un pictoricismo que descarta cualquier otra posible argumentación imaginativa... ¿y cómo sería posible la implicación surreal sin una cierta complicidad de la imaginación? Eso sí: hay búsqueda de nuevas imágenes... Y Abot se lanza a ello ampliando la liberalidad de sus formas, con fuertes gruesos de color, y a veces con gruesas coloraciones... Pero todo ello dentro de un mundo estrictamente pictórico, muy pictórico. Si en otro tiempo Abot ha tenido una implicación surrealista, yo no lo sé, ni descarto esa posibilidad. Ahora no. Ahora es pintor. Sólo pintor.

Ahora mismo, mientras iba diciéndoles eso, acaba de llamarme un artista argentino, bigotudo... Pido perdón por la doble redundancia. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.